

Los comuneros que se salvaron de aquella terrible carnicería, corrieron á las alturas por la calle de Lepic al tiempo mismo que llegaban los vencidos en la plaza de Clichy. Reunidos todos en la cima, se creían invencibles y aguardaban á las tropas que vencían la difícil ascension muy fatigadas, cuando en estas esperanzas se encuentran de súbito, inesperadamente, que la division del general Ladmirault llega de refresco, despues de haber pasado por la parte exterior, y de haber recorrido las fortificaciones desde Levallois á Saint-Ouen. Atacados de improviso por el flanco, cuando sólo esperaban el ataque de frente, los comuneros se descomponen, se aterran, gritan como locos, huyen como ciervos, tiran sus armas cual si les quemaran las manos, y bajan desde las alturas al centro, como uno de esos torrentes de lava despedidos por el Vesubio, que hierven y humean, derribándolo todo y consumiéndolo todo en su desoladora carrera. A las seis de la tarde volvíanse contra la Comunidad las formidables baterías por la Comunidad levantadas, y el pabellon tricolor ondeaba sobre las alturas de Montmartre. La confianza de los insurrectos en esta posicion tenia tal fuerza y candor que cuatro dias despues aun lo esperaban todo de sus valientes defensores y de su invencible artillería, ignorando que su último refugio acababa de desvanecerse cual se desvanece el humo, tanto en las orgías como en las batallas.

Pero este no habia sido en el día terrible del martes, en el día veintitres de Mayo, el único punto de ataque. La guerra se generalizó por toda la ciudad. Cien combates habia empeñados en la inmensa capital convertida en una inmensa necrópolis, en siniestro campo de matanza. La Magdalena presencié horrible degüello, consecuencia de encuentros formidables que se prolongaban durante veinticuatro horas. La esplanada de los Inválidos fué teatro de una batalla que parecia cien veces acabada, y que despertaba cien veces con igual furor. El cañoneo, como un trueno sin ninguna interrupcion, resonaba por la direccion de Issy, de Bicetre, sirviéndole de acompañamiento las siniestras descargas cerradas que resonaban por todas partes. Montones de muertos cortaban el paso. Los tendia alguna alma caritativa en los portales y en las cocheras, les tapaba la cara con paja, les ponía las señas é indicaciones sabidas, y los dejaba para ver si habia quien les regase con sus lágrimas ó les diese piadosamente tierra y oraciones. A lo mejor parecían cadáveres los mismos combatientes. Desvelados por la preocupacion y el terror tras muchas noches de insomnio; escuálidos de hambre, rendidos de fatiga, agotadas sus fuerzas, ennegrecidos los rostros, ensangrentados los trajes, tendíanse sobre las piedras y desafiaban tristemente en rigidez, inercia, inmovilidad á los muertos. Triste, triste, triste, todo esto, como ninguna humana tragedia.

CAPITULO CX.

LA GUERRA DE LAS CALLES.

Los comuneros hacían ya la guerra que les cuadraba. Nada de generales que diesen órdenes; nada de obediencia ciega y pasiva en los soldados; nada de combinaciones tácticas y estratégicas: cada cual peleaba donde le parecia, se retiraba ó se adelantaba á su arbitrio, iba al encuentro de las tropas ó al monton de los fugitivos, tiraba desde una barricada todo el tiempo que le pedia su gusto ó que le dictaba su conciencia, se salvaba ó moría segun los caprichos de su voluntad ó los latidos de su corazón. Así los esfuerzos individuales y los individuales sacrificios tomaban sublime carácter de heroismo; pero no conseguían ningun resultado positivo y tangible sobre el conjunto de la gigantesca batalla.

Los niños, los ancianos, las mujeres se lanzaban á las calles libres no ocupadas por las tropas, y erigían barricadas formidables con esa fiebre de actividad enorme que habia desarrollado la inminencia del peligro. Unos con azadones arrancaban piedras, otros las conducían en carretoncillos y espuelas, otros las apilaban, y todos tenían ardor tan

grande que no experimentaban las fatigas del trabajo. Cuando pasaba algun transeunte y veían en su porte decente imaginaria complicidad con el ejército, forzábalo á prestarles auxilios á cooperar en su obra. Cuantas señoras que salieron de sus casas para negocios indispensables al menaje, veíanse detenidas en medio de la calle y obligadas forzosamente á coger piedras con sus blancas manos y á llevar espuelas de tierra sobre sus delicados hombros, abrumadas de terror, de fatiga, de vergüenza.

Pero lo cierto es que habian erizado de barricadas todo el centro de París. Lo cierto es que lo habian vuelto inexpugnable. Un gobierno regular, contando con la fidelidad del ejército, daba pronto por terminada aquella guerra, puesto que podia combatir los improvisados reductos con su artillería. Mas la Comunidad estaba en posesion de un formidable material de guerra y lo repartía largamente entre sus adeptos. Muchas veces en medio de la mayor algazara llegaban tropeles de milicianos, niños, mujeres que arrastra-

ban sobre el pavimento varias ametralladoras y las subían á las cimas y las colocaban audazmente en posición de barrer á la tropa. El combate en el dédalo de las calles era para aterrar al valor mismo, sobre todo recordando la furia ciega con que hasta entonces lo habían por todas partes los comuneros sostenido; captándose la admiración de los mismos no compartían sus ideas ni perdonaban su delirio.

El miércoles veinticuatro de Mayo comenzaban verdaderamente las operaciones supremas. Los versalleses publicaron nueva intimación; pero la Comunidad estaba disuelta. A propuesta de Pyat, sus diferentes individuos se dispersaron y se dirigieron á sus diversos distritos con el propósito de presidir á la defensa y mantenerla con mayor viveza. El autor de la proposición escapó bien pronto, encontrando en la tierra extranjera más seguro refugio contra las victorias de sus enemigos que el ofrecido después de otras aventuras no ménos tristes por los pontones carboneros del Sena. En aquella desolación, entre los truenos de la artillería, entre los relámpagos del incendio, entre la granizada de las balas, sobre los muertos, bajo las ruinas, atravesando barricadas, los individuos de la unión republicana procuraban todavía la concordia con un resto de esperanza. Mas no sabían á quien dirigirse. La Casa de la Ciudad estaba abandonada, el gobierno revolucionario disuelto. Sin embargo en aquel ascenso y descenso de poderes varios dieron pronto con la Comisión central de los guardias nacionales y la impulsaron á un último convenio. Copiamos sus proposiciones para edificación de todos, para mostrar cómo transigían después de entradas las tropas, rendidas las fortificaciones, asaltado Montmartre, ocupadas las principales arterias, oyéndose las pisadas de los vencedores, casi en las escaleras del palacio de la revolución, en la sala de las sesiones de su impotente Asamblea. Dice así esta última voz de concordia que escitaba

en tan tremendo trance á una definitiva organización de la anarquía:

«En este momento en que los dos campos enemigos se preparan, se observan y toman sus posiciones extratéticas;»

«En este supremo instante, en que una población entera, entregada al paroxismo de la exasperación, está decidida á vencer ó morir por el sostenimiento de sus derechos,»

«La Comisión central levanta su voz.»

«No hemos luchado aun mas que contra un enemigo, *la guerra civil*.»

«Consecuentes con nosotros mismos, ya sea cuando formábamos una administración provisional, ya sea desde que nos hemos alejado por completo de los negocios públicos, hemos hablado y obrado en igual sentido.»

«Hoy, en presencia de las desgracias que podrían caer sobre todos, proponemos al héroe pueblo armado que nos ha nombrado, proponemos á los hombres extraviados que nos atacan, la única condición capaz de contener la efusión de sangre, y de asegurar los legítimos derechos que París ha conquistado:

1.º «La Asamblea nacional, cuyo encargo ha terminado, debe disolverse.»

2.º «La Comunidad se disolverá igualmente.»

3.º «El ejército llamado *regular* abandonará á París debiendo alejarse de él lo ménos veinticinco kilómetros.»

4.º «Se nombrará un poder intermedio compuesto de delegados de ciudades de cincuenta mil habitantes.»

«Este poder elegirá entre sus miembros un gobierno provisional, que tendrá el encargo de proceder á las elecciones de una Constituyente y de la Comunidad de París.»

5.º «No se ejercerán represalias ni contra los miembros de la Asamblea ni contra los de la Comunidad en todos los hechos posteriores al veintiseis de Marzo.»

«Hé aquí las únicas condiciones aceptables.»

«Que toda la sangre derramada en una lu-

cha fratricida caiga sobre la cabeza de los que las rechacen.»

«En cuanto á nosotros podemos decir que estamos resueltos á cumplir con nuestro deber hasta el fin.»

Era imposible aceptar semejante pacto. La guerra continuó, pues, con mayor encarnizamiento. Cinco grandes columnas, sosteniéndose unas á otras, perdíanse en el dédalo de calles y plazas de París. A lo mejor, despedían sobre ellas desde las casas circunvecinas mares de fuego. Así un grito general, cuando entraban los soldados, decía: «cerrad las maderas, abrid las persianas.» Si á las primeras intimaciones se desobedecía esta orden la corroboraban disparando tiros á las puertas y á las ventanas. Cañones colocados tras las esquinas, y cargados allí, sacaban su boca tremenda, despedían su vómito de metralla, y reculaban merced al impulso de varias cuerdas para ser nuevamente cargados y nuevamente despedidos hasta abrir ancha brecha en los reductos. Entonces los soldados se agazapaban como los tigres al encogerse, se dirigían pegados á la pared hacia adelante, se parapetaban en los portales, hacían lo posible para saltar de unos en otros, y al verse ya cerca de su objetivo, descubrían el cuerpo, se avalanzaban á la barricada ciegos, y solían, ó caer exánimes á sus piés ó subir victoriosos á las altas disputadas cimas en medio del relampagueo de los fogonazos y del estruendo de las descargas. La regla general para la toma de estas posiciones consistía en atacarlas de flanco y dejar á la artillería que abriese brecha y desmontase las claves principales de las más formidables posiciones. Así iban materialmente envolviendo á los defensores de la Comunidad y tomándoles como en una red, innumerables prisioneros.

La guerra era feroz. No combaten los salviajes en las selvas, las fieras en el desierto, los peces en el fondo del mar, no se devoran unos á otros los seres inferiores en la univer-

sal batalla por la existencia como se combatían y se devoraban aquellos dos ejércitos enemigos en la capital de la civilización europea, en la que aspira á infundirnos el concepto para ella honroso de que el espíritu moderno y el pensamiento filosófico son como gases desprendidos de sus máquinas. Algunos incidentes bastan para mostrar esta verdad; la toma por ejemplo de la Magdalena. La barricada de la calle Real defendíala horrorosamente con sus cañones y sus ametralladoras. Los soldados, por evitar la efusión de sangre, y siguiendo el plan general de ataque á las barricadas, verifican un movimiento envolvente, y penetran á través de la calle de Boyssi d'Anglas, y de los jardines que bordan la calle de Saint-Honoré. Y al mismo tiempo otro cuerpo de tropa bajaba por el boulevard de Malesherbes. Al verse atacados por los flancos y cortados en su retirada, penetraron muchísimos en la Iglesia de la Magdalena. Pero los marineros y los soldados del Gobierno entraron arrebatados en pos de ellos y los persiguieron audaces con la furia y el encarnizamiento con que persigue el vencedor al vencido. Allí, en la casa consagrada á Dios, bajo las bóvedas donde tantas veces se ha perdido el eco de las oraciones y el humo del incienso; al pié de los altares realzados con el signo divino de la redención humana; en vez del centellear de las lámparas el centellear de los fogonazos, en vez del acento místico del órgano el silbar de las balas, en vez de la plegaria y el cántico de las misericordias la interjección de la ira y el estertor de la muerte; exterminados todos, sin quedar uno sólo, en la borrachera universal de implacables odios, en el vértigo de crueles venganzas. «Ningun insurrecto, exclamaba un periódico del gobierno, salió vivo de la Magdalena. No podemos precisar el número de los muertos, pero sí podemos decir que subió á muchos centenares.» Pero todavía esto no iguala en horror á las barbaridades del boulevard Rochechouart, esquina al café Delta, donde